

Sol Logroño

(Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires- Instituto de Estudios Comunicacionales Aníbal Ford)

sol12lgr@gmail.com

Economía moral de la alimentación en un barrio de sectores populares de La Plata

Resumen

Esta ponencia se enmarca en una pregunta más general que guió mi “ingreso” al campo en un barrio de sectores populares del Gran La Plata, acerca de lo que es la salud para las mujeres que lo habitan. La alimentación, como uno de los determinantes clave en los modos de enfermar, vivir y morir, constituye una preocupación política, tanto para los diferentes niveles estatales como para los movimientos sociales asentados en el barrio y las mujeres que se organizan cotidianamente para acceder a la salud y a la alimentación de sus familias. En este contexto, la ponencia consiste en una primera aproximación a los repertorios morales que se movilizan en la distribución barrial del alimento, la asignación de culpabilidades respecto del hambre y la desnutrición, las negociaciones sobre las expectativas recíprocas construidas entre actores barriales y los modos de organización en torno a la alimentación en un barrio periférico de la ciudad de La Plata

Alimentación y moral

La alimentación es un hecho social total (Aguirre 2017, Mauss, 1979), en el que intervienen elementos económicos, sociales, políticos, culturales, sanitarios y nutricionales. Particularmente, partimos de comprender que la comida moviliza aspectos morales que configuran lo bueno y lo malo en contextos particulares. En el proceso de producción, circulación, distribución y consumo de alimentos se encuentran implicadas valoraciones morales en pugna en torno a los límites de lo aceptable, los criterios de justicia y las percepciones sobre los otros y nosotros que se movilizan de manera situacional y contingente.

La alimentación, entonces, es un hecho que es a la vez biológico y cultural. Biológico, en tanto está determinado por las necesidades y capacidades del organismo del comensal junto a las características de los alimentos que se transformarán en su comida; y cultural en la medida en que existen configuraciones prácticas de clasificación que separan lo comestible de lo que no lo es; qué, cuándo y con quién se debe comer o las jerarquías del consumo de alimentos por clivaje de género, clase y generación. Según Patricia Aguirre, “todas las culturas establecen - a través de la práctica cotidiana - quién puede comer y qué”. En este sentido, la autora señala que hay “comidas de ricos” y “comidas de pobres”, platos considerados “femeninos” y “masculinos”, para niños, para jóvenes, para adultos y viejos (2004).

En un estudio sobre los usos de la comida, Baas, Wakefield y Kolasa (1979) registraron coincidencias en diferentes sociedades en el mundo. Entre ellas cabe destacar el de satisfacer el hambre y nutrir el cuerpo, proponer un enclave de actividades comunitarias, proclamar la distinción de un grupo, demostrar la pertenencia a un grupo, señalar el estatus social, manifestar y ejercer poder político y económico, manifestar experiencias emocionales y expresar sentimientos morales. Es sobre este último punto que nos interesa indagar en el presente artículo, a partir de la noción de alimentación como un hecho que moviliza los criterios y valoraciones morales de las personas y articula la trama organizacional del barrio estudiado.

Según Pereyra (2014) no es posible establecer una noción estática y rígida de la moralidad, sino que esta supone una dimensión de análisis que requiere adentrarse en la práctica de los sujetos para registrar allí el modo en que aparecen y se utilizan categorías morales como recursos para el desarrollo de la acción. En este sentido, la idea de moralidad refiere a la “creencia humana en la posibilidad de distinguir el bien del mal y la necesidad de actuar en favor del bien y en contra del mal”. Esto requiere un análisis de categorías morales que permita desentrañar el modo en que las “sociedades fundan ideológica y emocionalmente sus distinciones culturales entre el bien y el mal y el modo en que agentes sociales concretamente operan esta separación en su vida cotidiana” (Fassin, 2008). En continuidad

con este argumento, Noel y Palazezi (2006) definen al adjetivo moral como diversos criterios según los cuales la conducta propia y ajena es evaluada en relación con algún eje normativo, del orden de lo apropiado y lo no apropiado; mientras que el colectivo moralidad abarca una serie de tales criterios, relacionados en forma más o menos sistemática, pero nunca del todo exhaustiva o consistente, y agregan que:

“Las moralidades no son códigos - suponiendo que existiera tal cosa - o escalas de valores que la gente llevaría en la cabeza y a las que consultaría para actuar. Más bien son conjuntos de recursos disponibles para calificar de modo relativamente consensuado la conducta propia o ajena en situaciones concretas y contingentes” (Noel y Palazezi, 2006)

Según el planteo de los autores, las moralidades no tienen la forma de una axiomática (un conjunto de reglas que cabría explicar silogísticamente a uno o más actos determinados) sino más bien la de una serie de recursos estratégicos susceptibles de ser movilizados tácticamente a la hora de reclamar la aprobación de consensuada de actos propios o ajenos ante terceros. Sin embargo, no se trata de una visión pragmática en la que los actores movilizan categorías según cálculos siempre racionales y reflexivos, pero existen situaciones y tramas de relaciones particulares en las que se hace uso de unos y otros valores según su aplicabilidad práctica.

En relación a la alimentación, en un mundo industrializado en el que se produce lo suficiente como para satisfacer las necesidades de toda la población pero que aun así persisten el hambre y la desnutrición, existen criterios morales sobre modalidades de producción, distribución y merecimientos en disputa por definir quiénes merecen comer, cómo y qué tipos de alimentos, asignaciones sobre la culpabilidad de la falta de alimentos, nociones legitimadoras y conflictos en torno a las interpretaciones de la problemática. Estos conflictos morales en torno a lo alimenticio se dan tanto a escala global como local, generando dinámicas específicas de distribución y significación alimentaria en cada territorio. A su vez, los juicios morales sobre nosotros y los otros en torno a nuestro comportamiento relativo a la comida, no sólo se dan en tiempos de escasez, sino también de abundancia. Nos interesa

resaltar que, a diferencia de una multiplicidad de interpretaciones de la conducta (ya sea política, económica, moral) humana y sobre todo de los sectores populares que asocia la movilización o la indignación a una respuesta biológica al hambre, sostenemos que el evento alimenticio y todo lo que implica (la manera de conseguirlo, el modo de consumirlo, de venderlo, de exigirlo, de producirlo) se sostiene en valoraciones culturales que se articulan con las características biológicas de los seres humanos.

La distribución del alimento en el mundo contemporáneo es realizada en la trayectoria del mercado, con su consecuente lógica de acumulación de ganancia económica en desmedro de la calidad nutricional y la justicia en el acceso. En relación con este circuito, se desarrolla la donación de alimentos bajo la lógica de la asistencia, en la que los alimentos se distribuyen no como mercancías sino como bienes sociales, de acuerdo con criterios de emergencia (inundaciones, terremotos, sequías, guerras), necesidad (hambre, pobreza, prevención de la desnutrición o de carencias específicas, desempleo) o bien discrecionalmente, de acuerdo a criterios establecidos por quien dona (beneficencia, organización política). Este circuito se encuentra regulado por el Estado, las organizaciones internacionales (FAO, OMS), las comunidades religiosas las ONG y los grupos de interés o de bases (movimientos campesinos, obreros, de mujeres, piqueteros).

En nuestro país, desde fines de siglo XIX y fundamentalmente en las primeras décadas del XX se impulsaron desde formas rudimentarias hasta sistemas más formales de ayuda o asistencia alimentaria. Sin embargo, recién en la década de los años sesenta comenzaron a generalizarse los programas alimentarios de reparto de alimentos, en el marco de la política desarrollista de la época. En la década del ochenta, a partir de la hiperinflación y el crecimiento exponencial de la desigualdad social post-dictadura, emergió la cuestión alimentaria como una preocupación de la agenda política. El Programa Alimentario Nacional (PAN 1984-1989), bajo el gobierno de Raúl Alfonsín, constituye un hito de lo que sería en adelante un modo de relación entre el Estado y los sectores populares mediante la asistencia alimentaria. Dicho programa estaba dirigido a familias vulnerables con hijos y consistía en la prestación de una caja de alimentos secos (dos kilos de harina, leche en polvo, dos kilos de azúcar, dos litros de aceite, tres kilos de fideos, dos kilos de arroz, un kilo y medio de

cornedbeef, lentejas y porotos). La “caja PAN” contaba con financiamiento nacional, las compras se realizaban de manera centralizada y la distribución de las cajas en el territorio se hacían mediante agentes barriales. En los años noventa, dejaron de subsidiarse los alimentos en el mercado y comenzaron a tomar importancia los programas de asistencia alimentaria.

En estas décadas, se configuró un modo de relación entre el Estado y los sectores populares signado por la entrega de mercadería. La “caja PAN” constituye un recuerdo paradigmático en la organización alimentaria barrial que marcó las estrategias de lucha y las demandas hasta la actualidad. Los movimientos piqueteros, como actor político que se posiciona en la escena pública a fines del siglo XX y principios del XXI, han inscrito en el espacio público nacional la problemática de la desocupación y el hambre, identificando a sus responsables y aportando a la reconfiguración del lenguaje para hablar de la cuestión social. Desde los años noventa, las políticas de asistencia alimentaria constituyen una de las estrategias extra-familiares para el acceso a la alimentación en los barrios de sectores populares. Esta memoria de organización define al hambre como un crimen con culpables humanos y asigna valores morales a quienes dejan morir o empeoran la calidad alimenticia de los sectores populares y, particularmente, de los niños. Esta definición política no es natural, sino una construcción histórica, situada y disputada.

La investigación en la que se inscribe esta ponencia indaga las categorías morales que se movilizan en la distribución de la comida en un barrio de sectores populares platenses. ¿Quiénes merecen la mercadería de los programas de alimentación barrial? ¿Qué conflictos suscita la distribución del alimento? ¿Qué se espera de los responsables de entregar comida a los niños y a las familias? ¿Qué categorías morales se movilizan en la organización barrial del alimento? ¿Cuáles son los límites de la tolerancia respecto del acceso y la calidad de los alimentos? ¿Cuál es el “sistema de culpabilidad” que se construye en contextos de hambre y desnutrición? ¿Cuándo un padecimiento relacionado con la comida se vuelve intolerable? ¿Qué sentidos se atribuyen al comedor barrial?

Método

Para la presente indagación usamos una metodología cualitativa con enfoque etnográfico para comprender las percepciones y prácticas de las mujeres que habitan en un

barrio de la periferia platense. En el período 2017-2018, realizamos observaciones en talleres de formación en promoción de la salud, talleres de género con vecinos/as, jornadas de trabajo cooperativo, movilizaciones, cortes de calle y reuniones. Al mismo tiempo, establecimos conversaciones informales y entrevistas en el campo. Finalmente, la selección del corpus se realizó a partir del primer contacto con informantes clave y la técnica de “bola de nieve” para poder multiplicar las conversaciones. Los nombres de los actores entrevistados fueron modificados para el resguardo de la identidad.

El problema de la alimentación como emergente del trabajo de campo

Nuestras preguntas de investigación se enmarcan en una inquietud más general que guió mi “ingreso” al campo en un barrio de sectores populares del Gran La Plata, acerca de lo que es la salud para las mujeres que lo habitan. La alimentación, como uno de los determinantes clave en los modos de enfermar, vivir y morir, constituye una preocupación política, tanto para los diferentes niveles estatales como para las mujeres que se organizan cotidianamente para acceder a la salud y a la alimentación de sus familias. A partir del trabajo etnográfico basado en las conversaciones informales y la observación participante en espacios comunitarios, me introduje en la centralidad que ocupa el acceso al alimento en las mujeres que viven en un barrio con acceso desigual - respecto del centro urbano - de los derechos a la salud y a la alimentación.

Puntualmente, fue en el marco de un espacio de taller en el que un grupo de veinte mujeres cooperativistas se forma para finalizar el secundario, donde se produjo una acalorada discusión acerca de los modos en los que se administra el alimento proveniente de las políticas estatales en el barrio y el sufrimiento de los niños “*cada vez más gorditos*” y “*desnutridos*”. La indignación que en muchas de ellas provocaban los valores y prácticas morales (*mezquinar, dejar vencer mercadería, privilegiar familiares o paisanas, pesar a los niños, matar a los niños de hambre, mal-alimentar a los niños*) me dieron una pista para seguir indagando acerca de un fenómeno que cuestionaba mis propios supuestos para pensar la organización comunitaria ligados a la solidaridad vecinal frente a un enemigo común exterior. Sin embargo, la organización de la alimentación comunitaria, se presentó como un

cerrojo para indagar acerca de los conflictos que enfrentan y también unen a los habitantes del barrio en la (re)producción de sus condiciones de existencia. Entonces, comencé a percibir a los comedores comunitarios como espacios que no sólo garantizan (o no) la alimentación en el barrio sino que movilizan emociones, relaciones, conflictos, solidaridades, identidades y valores morales en torno a la vida en común.

El taller estaba enmarcado en una clase del Bachillerato Popular de un Movimiento de Trabajadores de la Economía Popular que tiene una de sus sedes en Barrio Futuro. Un viernes frío de mayo, la clase comenzó con una conversación acerca de los problemas que dificultan la vida cotidiana de las mujeres del barrio. Este es un espacio que suele darse en los prólogos de las jornadas de trabajo, talleres, encuentros, antes de que comience formalmente la actividad.

En el transcurso de la clase una de las estudiantes contó a sus compañeras un video visto la clase anterior. Les cuenta que *“en unas partes lloré”, “se trataba de una pareja que vivía en el monte, como los cerros de Bolivia”, “era gente de muy bajos recursos”, “vivían en una casilla de dos piezas, como nosotros”, “en una dormían y en otra cocinaban”, “no tenían trabajo”, “los chicos no tenían qué comer”, “como ahora que estamos viviendo un momento de escasez”*. Todas la miran atentas, sus rostros muestra angustia. Sonia le da besos a su bebita, Valentina, juega con ella. Luego de esta manifestación de angustia, la docente decide comenzar la proyección de cuatro videos del canal de televisión “TV Universidad” (UNLP). El Programa en el que se inscriben los videos se llama “Corresponsables Barriales” y recorre distintos barrios de la ciudad de La Plata con el propósito de visibilizar las principales problemáticas que viven sus habitantes en la cotidianidad. El grupo ve los siguientes: 1) sobre la falta de agua, 2) sobre la recolección de basura, 3) sobre las inundaciones, 4) sobre la falta de comida en los comedores barriales. El objetivo de la clase es trabajar sobre las inundaciones en la ciudad y en los barrios.

A continuación, leímos un cuento titulado “Dictar la mentira” (del libro *Agua en la cabeza* sobre la inundación del 2 de abril de 2013 en la ciudad de La Plata). El libro es una fábula protagonizada por animales que narra la historia de un pueblo que se inundaba una y otra vez a causa del olvido del rey. Ninguna se animó a contar su interpretación sobre el

cuento y la docente fue la primera en hablar: resaltó la importancia de las relaciones de solidaridad en situaciones críticas. Este fue el relato que más circuló entre los sectores universitarios y los movimientos sociales de la ciudad: las inundaciones como una catástrofe natural que, a pesar y a causa de las adversidades, actualizó la solidaridad social “inherente de los seres humanos”. Sin embargo, para sorpresa de la profesora, las mujeres manifestaron el enojo que les había producido la mezquindad, el egoísmo y el familiarismo de los habitantes del barrio. Las donaciones que llegaban de todas partes del país, eran administradas y distribuidas organizaciones sociales que, en las palabras de las mujeres, guardaban todo para sus familias o conocidos. Paola, nos cuenta su malestar y angustia frente a la situación. Ella estaba sola, su marido había viajado por el feriado (2 de abril de 2013) y no había podido volver. Dejó su auto en 13 y 32 (zona que luego se inundaría significativamente) pero también tuvo dificultades para volver a pie. Paola, sola en su casa, pidió ayuda de los vecinos y no recibió respuesta. En su relato se describe sola y desesperada con su bebé.

En muy poco tiempo, esta memoria se actualiza en los relatos sobre el funcionamiento de las copas de leche y comedores del barrio. Morena cuenta su experiencia de participación en una copa de leche que había abierto en su casa, la cual no tuvo éxito por actitudes que no encontró adecuadas por parte de la organización: tenían que tirar la comida por dejarlas vencer y los criterios de reparto eran injustos. En ocasiones se veía obligada a decirle a los “chiquitos” que no había más, que volvieran otro día. Andrea parece la más enojada, por su tono de voz, habla más fuerte y dice que “*no puedo creer, que pase algo así con la alimentación de los niños*”, que “*los comedores están para ayudar*”. Lo que resalta como el colmo del maltrato que reciben los niños es que “*los pesan*”, y sólo “*les dan una taza de mate cocido*”, “*veo que hay fruta y a mi nene nunca le dan una fruta*”. Saida agrega que “*los nenes están gorditos*” y que “*no están comiendo bien*”, “*todos los días comen arroz y fideos*”. Paola la mira a Daniela (su hermana) con complicidad y dice que “*nosotras cuando éramos chiquitas era distinto*”, “*antes te daban guiso caliente, nos daban a todos, no importaba si eras de la organización o eras familiar*”. La hermana asiente. Lo dicen con nostalgia. Hellen que es hermana de Daniela se suma, ella también recuerda: “*comíamos bien*”, “*ahora juegan con la necesidad de la gente*”, “*se guardan todo para la familia*”. Marta, como parte del Movimiento Social, desconfía del enojo de las mujeres y trata de mediar entre las múltiples

posiciones que ocupa. Les dice que no podemos vivir en la queja, que hay que confiar que los comedores funcionan como pueden e ir a ayudar, ponerse en el lugar del otro, trabajar en comunidad para que las copas de leche funcionen. Insiste en salir del rol de la queja o la indignación e investigar, acercarse, preguntar a las cooperativistas que hacen el reparto de comida qué piensan. Hace hincapié en que es el Estado el que no está garantizando los derechos y que no hay que pelearse entre vecinos. A su vez, desestima el “chusmerío” como método de organización: “*el conventillo sólo nos divide*”. A partir de entonces, lleva ella la coordinación del taller – luego de la participación “*desordenada*” de las estudiantes para contar su enojo – y retoma a los contenidos de la materia.

Estas notas de campo, tomadas en uno de los encuentros de mujeres estudiantes y cooperativistas de un movimiento social en un barrio “bajo planes”, como los denomina Cravino (2002), reconocí la relevancia describir y analizar las relaciones sociales y procesos de significación en torno al alimento en un barrio popular en el marco de la organización comunitaria de la alimentación mediante los llamados “*comedores barriales*” y “*copas de leche/merenderos*”. Se llama “copa” o “copa de leche” a los espacios que funcionan generalmente en barrios vulnerables en términos materiales y que establecen una práctica reiterada que es la alimentación cotidiana de los sectores populares a través de la merienda para niños/as y/o adultos/as. A su vez, las mujeres que lo llevan adelante desarrollan su contraprestación como beneficiarias de planes sociales del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación como el Programa “Ellas hacen”, “Argentina Trabaja” y “Hacemos futuro”. Estos programas constituyen recursos que son gestionados por movimientos y organizaciones sociales y políticas erigiéndose en dispositivos de legitimidad y construcción comunitaria en los barrios. En el proceso de implementación de las políticas alimentarias, los comedores se constituyen en dispositivos de intervención alimentaria que a la vez son espacios de politicidad y sociabilidad en los barrios (Cravino et al, 2002).

La nota de campo utilizada para comenzar esta ponencia, no reduce las relaciones y conflictos que se movilizan en torno a la comida, sino que introducen la relevancia otorgada por las mujeres que constituyen mi corpus a los modos de distribuir la comida y las relaciones de reciprocidad barrial. En ese mismo encuentro, algunas mujeres se encontraban en silencio,

sin poder o sin querer aportar su perspectiva en torno a la cuestión. Muchas de ellas, participan activamente de las copas de leche o merenderos, o encuentran en estos dispositivos de distribución y organización barrial de la comida un espacio de identificación y encuentro con otros/as. A su vez, veremos más adelante el modo en el que las categorías morales y asignaciones de culpabilidad no son fijas ni homogéneas, sino que en diferentes situaciones sociales e históricas es posible observar juicios morales diversos. Si en el acontecimiento narrado, la *maldad*, la *poca consideración*, el *familismo* o el *egoísmo* de los vecinos era la principal causa del hambre de los niños, en otras circunstancias la referencia a diversas instancias gubernamentales, “*los políticos*”, la “*municipalidad*”, “*el presidente*” son identificados como ineficientes o corruptos a la hora de administrar los recursos públicos. En todo caso, ninguna de estas interpretaciones es excluyente o “falsa”, sino que se ponen en juego en relación a las tramas relacionales en las que se sitúan los significados, prácticas y emociones de las personas. A continuación, retomaremos algunos de los antecedentes claves para la construcción del problema de la investigación cuyas primeras aproximaciones aquí se exponen.

La legitimación de las formas de comensalidad

Como vimos, entre los sectores populares, los espacios de comensalía no se reducen al ámbito doméstico sino que incluyen otros de dominio público como las ollas populares, las copas de leche y los comedores comunitarios. La participación, el crecimiento y el funcionamiento de dichos espacios es un tema abordado y construido por múltiples discursos que disputan por definir lo legítimo en torno a la distribución y consumo de alimentos. En el año 2018, un comentario en la red social Twitter de la diputada provincial por la Alianza Cambiemos causó indignación en periodistas, medios de comunicación, militantes y funcionarios políticos de la oposición. Píparo aseguró que “*más allá de la terrible problemática de quienes hacen mucho tiempo necesitan recurrir a comedores, esto es una experiencia hermosa para todas las personas que concurren*” (...) *es como salir a comer a un restaurante y que la gente que te sirve sean personas que se preocupan por hacer de cada noche un evento social. donde el que está solo come acompañado, donde los nenes se sientan en un escenario a jugar y los perros*

de las familias son recibidos afuera con potes de alimentos, lo viven como un día de unión y celebración” (28 de septiembre de 2018).

Más allá de lo acertado de las críticas sobre cierta romantización de la pobreza, las respuestas indignadas de los actores mencionados se sostienen en la necesidad de reducir la cantidad de espacios de comensalía colectiva en los barrios al mínimo, por tratarse de índices de pobreza. En esta correlación, los comedores son resultado del crecimiento del hambre. El crecimiento de la participación de familias y niños en los comedores y merenderos barriales preocupa por el alto índice de desocupación, el aumento de los precios y el estancamiento de los salarios de amplios sectores sociales debido a las políticas económicas implementadas en la actualidad. Sin embargo, los comedores y copas de leche no parecen ser sólo eso en los entramados de organización barrial. Durante la primera década de los años 2000 en la que los índices socio-económicos mejoraron a favor de los sectores populares, estos espacios continuaron siendo dispositivos de alimentación barrial sustanciales en la organización de los territorios. Ya sea como espacios de reunión, de legitimación de los movimientos sociales en el territorio, generadores de trabajo, facilitadores en el acceso al derecho a la alimentación, el hambre no es la única variable que interviene en el sostenimiento de estos espacios.

En el trabajo de campo, hemos registrado múltiples razones, emociones, sentimientos y prácticas que rodean al acto de asistir y trabajar en un comedor o merendero que complejizan el significado que los propios actores le asignan a dichos espacios. Las ollas, comedores y merenderos constituyen recursos disponibles en los cuales es necesaria la agencia de los sujetos en su movilización; ya sea por vergüenza, por conflictos entre actores, por orgullo, una persona puede decidir no ir al comedor; así como la participación en uno de estos espacios no se reduce a una cuestión de mera necesidad biológica, sino por expectativas afectivas, organizativas del cotidiano familiar y comunitarias.

Una de nuestras informantes, en el marco de una jornada de la cooperativa, le cuenta a otras mujeres que: *“En Bolivia era enfermera, pero cuando llegué al San Juan de Dios no me han aceptado el título (...) él (su marido) no me dejó estudiar, no me dijo que luchara”*. Su relato deviene cada vez más angustiante para ella y quienes la escuchan: *“Pasé por situaciones de violencia muy graves, no solamente me pegaba, me tenía encerrada, no quería que yo*

trabajara”, “el comedor me salvó la vida”, “empecé a ver comportamientos que antes no veía y me empoderé”.

Nos interesa resaltar el carácter “salvador” que se atribuye a la Copa, como un espacio de conversación, encuentro e integración barrial para las mujeres que lo sostienen. Esta idea se repite en el caso de Ángela, una de las entrevistadas en el transcurso de la investigación, quien tras la pérdida de su marido en un robo a la casa que compartían en Lugano, “quedó sola”. En todas las ocasiones en las que me contó a mí o a sus compañeras de cooperativa lo sucedido comienza a llorar en silencio. Se define como una persona triste y solitaria, pero hay un momento de sus días en las que disfruta el tiempo, y es en la Copa de Leche y a la salida, cuando con su coordinadora se juntan a mirar “la novela”.

Por otra parte, las mujeres que asisten con sus hijos e hijas al comedor, lo hacen para poder destinar el dinero en otros fines, como Rosa, que está organizando la fiesta de quince de sus hijas gemelas, o Narella, que prefiere gastar menos plata en los mediodías para poder llevar a su hijo a un jardín semi-privado cercano al barrio. Al mismo tiempo, Sonia se organiza con Estela para que, mientras una va a buscar a los hijos al colegio, la otra vaya a buscar la comida al comedor (ya que son dos horarios que se superponen) y poder invertir el tiempo destinado a la cocina en ordenar la casa, leer para la escuela o bien, descansar. Algo parecido sucede con Pamela, que los sábados deja todas las comidas del domingo de su marido y sus seis hijos preparadas para poder ir el domingo a jugar los torneos de fútbol. Mientras me lo cuenta lo mira a su esposo de reojo con complicidad. Llegaron a ese acuerdo, el fútbol es una de las cosas más importantes de su vida. A su vez, Wilma acepta con gusto la invitación de las mujeres de la cooperativa que llevan adelante el merendero de ir a comer con ellas los sábados al mediodía. Ahí come bien, come tranquila y pasan el rato conversando. En una entrevista sobre la alimentación y la salud en su vida, marca un antes y un después con la separación del papá de su hijo: antes comía intranquila y todo le caía mal, intentaba irse en cuanto podía.

Por su parte, los referentes (tanto universitarios como barriales) de los movimientos consultados sociales consideran a la comensalidad popular como un espacio de reunión y de participación política, que muchas veces opera como puntapié para otro tipo de actividades

organizativas. Asimismo, la implementación de las políticas alimentarias ha tendido a priorizar el espacio del hogar en la comensalidad, ofreciendo la opción de retirar la comida en tupperes que les permiten compartir con sus seres queridos.

La asistencia al comedor, desde luego, entre muchas de las entrevistadas y de las conversaciones establecidas en diferentes situaciones, se presenta también como algo de lo cual las mujeres no se enorgullecen. Es recurrente que, en conversaciones personales con las mujeres el dato de la participación en el comedor sea negado en el comienzo, mientras que en el transcurso del diálogo se haga referencia al significativo lugar que ocupa el comedor en sus vidas. Estas señales de vergüenza o rechazo ante la participación en el comedor, en general se sitúan en procesos de diferenciación con “otros” que sí requieren ir a comedor, que “*tienen a sus hijos sucios*”, que “*no administran bien la plata*”, que “*gastan de más*”. Dentro de este grupo podemos ubicar a Ana, quien asegura tener buenas relaciones con el vecindario, pero sin meterse demasiado. Para ella “*ni mucho que te quemes, ni poco que te enfríes*”. No quiere tener problemas con los vecinos, que muchas veces funcionan como una red de protección, pero prefiere aferrarse a su familia y a los miembros de la Iglesia a la que asiste. Cuando hablamos sobre el comedor, ella me cuenta que cree que falta educación sobre la administración del dinero y sobre el trabajo. El caso de su hermana es ejemplar: es posible que cumpla los caprichos de sus hijos un fin de semana, pero después no tenga para comer. Eso a ella no le sucede, sus hijos son agradecidos con lo que tienen y en su casa no se justifica el derroche.

Con estas perspectivas, en apariencia anecdóticas, intentamos enfatizar el carácter plural de los significados que adquiere la comida y particularmente la que se entrega por medio de dispositivos de comensalidad popular. Los dispositivos de comensalidad e intercambio de los sectores populares, suelen interpretarse de modo determinista por causas económicas y biológicas. Como vimos con Thompson (1984) estas lecturas desestiman la agencia de los sujetos, suponiendo que su lugar en la historia es el de la reacción a los instintos o a las fluctuaciones de la economía. En este sentido, tomamos la crítica que realizan Grignon y Passeron (1989) tanto a las perspectivas relativistas que enfatizan la autonomía sin preguntarse por las relaciones de dominación como a las perspectivas legitimistas, que

conciben a la cultura popular como degradación de aquello que le viene dado por lo dominante. Grignon y Passeron parten de la idea de que *aun dominada, una cultura funciona como cultura*, reconociendo la positividad ontológica que cierto legitimismo teórico impediría hacer inteligible y sobre la cual el relativismo no puede analizar en términos de poder.

En relación a comensalidad, lo legítimo es materializado en la imagen de la familia nuclear en el que comen la pareja heterosexual y sus dos o tres hijos en el resguardo del hogar, salvo en las fechas festivas, en las cuales se habilitan grandes congregaciones de personas compartiendo la mesa. En la bibliografía sobre el tema, los comedores han sido considerados dentro de las estrategias de los pobres urbanos para garantizar su reproducción (Hintze, 1989) o como parte de determinados patrones de consumo (Aguirre, 2005) y otros análisis se refieren al problema en términos de asistencia donde son frecuentes los usos políticos de los recursos que impiden la continuidad de proyectos como comedores infantiles más allá de los tiempos electorales o análisis de los comedores integrados en redes de clientelismo político en tanto circuitos donde los recursos son cedidos a cambio de votos o apoyo político (Auyero, 1997, 2002). Lo que interesa resaltar en esta ponencia es que las perspectivas de los sujetos “destinatarios” de las políticas de distribución alimentaria nos permiten pensar en un plus de sentido siempre presente en las políticas públicas, en el cual “la agencia es un elemento necesario para entender cómo las personas obran (o tratan) en el mundo hasta cuando son el objeto de forma de deseos o intenciones específicos dentro de una matriz de subjetividad, pensamientos y significados (culturalmente instituidos)” (Ortner, 2016). Con esto queremos decir que aunque los comedores sean una herramienta de reproducción alimentaria necesaria frente a situaciones de pobreza, estos no sólo responden a variables y necesidades biológicas y económicas, sino que en la comensalidad popular también se imprimen tramas simbólicas particulares difíciles de ver si sólo se busca indagar lo que no son.

El chisme y el conflicto por los criterios de justicia en el reparto de alimento

Como mostramos en el relato del comienzo de la ponencia, sobre la indignación que producían los criterios de distribución del alimento en algunas de las mujeres del barrio, sus posiciones fueron desestimadas por constituir “conventillo”, “chisme” o “rumor”. Retomamos los enfoques desde los cuales el chisme es central en la vida de los sectores



ISBN 978-987-544-895-7

populares (Fonseca, 2000, Fasano, 2006, Colabella, 2012). Para Fasano, particularmente, en dichas poblaciones, el “chisme es cosa seria” ya que tiene la función de transformar cuestiones que no pueden ser dichas abiertamente en cuestiones de moralidad pública (2006: 141 y 146). Lo que el chisme revela, para Fasano, es el posicionamiento que los sujetos adquieren en relación a la moralidad sostenida por la comunidad de referencia. En este marco, los individuos que chusmean son modificados a través del ejercicio de esta práctica y la identidad de unos y otros es redefinida de modo constante a través del juego de posicionamientos en el espacio a través del chisme. Por su parte, Laura Colabella (2012) reconstruye el modo en el que a través del chisme es posible decir aquello que no podía decirse abiertamente en relación al tabú del robo de comida en un comedor barrial y establece la importancia del estudio de las prácticas políticas. Para Colabella, el chisme no es ni la antítesis ni paralelo a la política sino parte de la experiencia política como categoría etnográfica. Es decir, la política no es una dimensión de la vida que pueda definirse a priori de manera normativa, sino que es necesario observar el modo en el que se construye situada e históricamente.

A partir de lo anterior, nos introducimos a la dinámica de movilización de recursos y repertorios morales en torno a la comida en el marco de organizaciones barriales y políticas. En el espacio de queja y enojo respecto del funcionamiento de los comedores en el barrio, la coordinadora moderó orientando la discusión a modos “correctos” de participación: “la crítica constructiva” y “la solidaridad entre vecinos”. Sin embargo, el chisme no anula ese otro tipo de participación legítima en las actividades de la comunidad. En este caso, los rumores contruidos sobre las actividades incorrectas o corruptas de aquellos que llevan adelante e interactúan con los asistentes de los comedores y merenderos encontraron un espacio de comunicación con interlocutores diversos: una referente del movimiento social, cooperativistas de las copas de leche y otras madres indignadas. En el debate la identificación que tomaba mayor jerarquía era la de madres legitimadas por la indignación sobre la falta de salud de sus hijos. Aquellas mujeres que tienen, a su vez, otro rol en la organización de los comedores, guardaron silencio o participaron en tanto madres y vecinas.

En el sentimiento de indignación expresado, la vulnerabilidad de la niñez y el límite que significa la manipulación de la comida fueron recursos morales movilizados en el establecimiento de lo correcto y lo incorrecto en disputa con otros actores barriales y de un modo de administración de los bienes comunes. En las intervenciones de las mujeres en torno a la “falta de alimento” o “mal uso del alimento” es posible distinguir al menos cuatro tópicos recurrentes en las valoraciones morales en torno al bien y el mal:

- El rechazo al “*familismo*”: el familismo se presenta como un comportamiento reprochable dado el carácter injusto de la distribución de recursos sostenida en la naturaleza de los vínculos sanguíneos. El familismo se opone, aquí, a un criterio de justicia legítimo, el de la equidad sin importar el origen o el tipo de vínculo establecido con quien tiene la capacidad de dar.
- Los arreglos *entre paisanos*: los lazos de solidaridad étnica usados como recurso para la obtención de bienes materiales constituye una práctica intolerable cuando la comida es escasa o incluso cuando se cree que alcanza pero es distribuida de manera desigual.
- La manipulación del hambre de los niños: la figura de los niños, en tanto vulnerables, inocentes y en etapa de crecimiento, es un recurso moral que se moviliza en torno a la aberración que generan determinadas prácticas de distribución y uso del alimento en el barrio. La salud de los niños constituye un límite cuyo traspaso compromete drásticamente la moralidad de las personas.
- El estudio de talla y peso de los niños como requisito para retirar comida: esta práctica por parte de los encargados del comedor, pedido a su vez por los movimientos para contar con información precisa en torno a la situación nutricional de las infancias, es vista como una provocación innecesaria a la responsabilidad de las madres de alimentar a los hijos correctamente. El enojo que este pedido produce, se debe a que es entendido como un cuestionamiento que las obliga a re-assumir la culpabilidad como madres sobre la mala alimentación de los niños.

A continuación, analizaremos puntualmente la experiencia de Morena como cocinera y distribuidora de alimento en un merendero abierto en su casa.

Morena tiene 24 años, tiene un hijo y es argentina. Hace un año que participa en la Copa de Leche del barrio y este viernes se encuentra especialmente frustrada. Su coordinadora, ha tenido reiterados *ataques autoritarios*, y se ha dirigido a ella y a sus compañeras de muy mal modo. Morena nos cuenta que ella no deja que la traten así, y con voz suave reproduce la respuesta a su coordinación: “*A mí no me trates de esa manera, hay formas de pedir las cosas, yo hago mi trabajo*”; “*Estás muy alterada*”. Nos dice que le encanta la Copa de Leche, aunque no le agradan las acusaciones que reciben, sobre el robo de alimentos y la vagancia. Morena sólo falta cuando tiene un compromiso importante, como el cumpleaños de su ahijada, o una responsabilidad tal como llevar a su hijo al médico, inscripciones al jardín, cuidar la enfermedad de sus parientes. En esos casos es irremplazable en su hogar, a diferencia de su rol en la copa. Marta, coordinadora del taller, tranquiliza a Morena y le dice que el de la coordinadora no es en absoluto el espíritu de la organización, y que quizás sea conveniente hablar con Antonia, que es una referencia del Movimiento “salida de los barrios” (Nota de campo, 5 de julio de 2018)

Este episodio, luego de tomar conocimiento de las percepciones de sus compañeras de secundario respecto de la distribución del alimento en el barrio, fue un disparador para que Morena abandonara sus tareas en el merendero. En su relato sobre lo sucedido, es posible reconocer algunos de las valoraciones morales movilizadas por sus compañeras y deseo de pertenencia a la comunidad moral apelada en circunstancias de interlocución con sus vecinas:

(Sobre la coordinadora de la Copa de Leche) “Ella tiene una pieza que vos estás acá por ejemplo, y desde ahí ves. Ella tiene una puerta abierta y de ahí ves. Tiene un montón de cosas, lleno la pieza de cosas. Y hay una repicita que hay un poco de cosas, ¿viste? De mercadería. Pero después las demás cosas las tiene en la pieza. Y yo me ponía a pensar

y digo tantas cosas no llevaban a mi casa. Como que ellos se quedan cosas, la mayoría de las cosas ¿me entendés? Y te quedás mal cuando te calculan cuánto te dan cuánto usás. Y decís cuando te dan cosas que te dan, un montón de cosas. Es más ella quería que yo cuando nos fuimos, que yo me enojé, hablé con la hermana, no hablé con ella. Mirá Elsa, disculpame pero era diferente cuando estabas vos, era otra cosa. Hay muchas actitudes de tu hermana que no me gustan. Y le comenté, ¿viste? Y ella me dice que podían hablar. No quería que la cerrara a la copa y yo tampoco. Y bueno y le digo bueno vamos a esperar un poco más a ver qué pasa y bueno después veremos viste. Y yo ya venía mal, mi amiga venía y me encontraba y me ponía a llorar. Era re feo. Aparte estábamos con esa chica Elsa que ella era así, también como nosotras, no le importaba, con tal de que los chicos se vayan, si era para, no era para que, nosotros lo comprábamos con nuestra plata y teníamos que dar lo que nosotros podíamos. Aparte venían un montón de chicos. Un montón de chicos venían. Nosotros teníamos una lista que pasábamos de tantos nenes, de tantos datos. Porque todos los datos eran de los nenes de los padres y todo te pedían, los documentos, número de documento, todo. Quería que yo le dé los datos de los nenes para que ella presentara. Nosotros le decíamos que anotara por ahí los nenes, porque si no anotábamos muchos nenes, no nos daban mucho, para sumar mercadería que sobra” (Entrevista a Morena)

A pesar de que en la enunciación de las reglas morales en torno al reparto de alimento, la intolerancia respecto del familismo, el favoritismo entre paisanos y la manipulación del hambre de los niños constituyen valores deseables por los presentes, en la práctica los actores median entre la regla y la eficacia práctica. En este sentido, Paola relata que en su comedor eso que las compañeras cuentan no sucede, sino que existe un criterio de justicia de común acuerdo. A su vez, existe un reconocimiento al trabajo realizado a partir del cual la mercadería sobrante se lleva para el uso de la familia de las cocineras y encargadas del comedor, lo cual

no es visto como algo aberrante sino como un criterio de asignación de recursos en relación al esfuerzo en el trabajo. En esta primera aproximación, vemos cómo los criterios de justicia y de valoración moral entran en disputa. Estos valores morales, a pesar de que se enuncian como universales y estáticos, suponen recursos y repertorios que se movilizan situacionalmente y que tienen un carácter dinámico. La preocupación de la coordinadora, referente del Movimiento, en torno a que las disputas entre vecinos constituían un distractor del “verdadero enemigo”, el gobierno. En el marco de las asignaciones de culpabilidad en torno a la falta o al mal uso de los recursos alimenticios, la identificación de un culpable no inhabilita la demanda contra los funcionarios del gobierno o el “sistema capitalista”, sino que ambos blancos de acusación coexisten y se movilizan en situaciones particulares.

El hambre es un crimen y los regímenes de culpabilidad

Desde uno de los límites del barrio, y su acceso desde el centro de la ciudad de La Plata, es posible observar un mural que reza “*El hambre es un crimen*”. A lo largo de la ponencia intentamos sostener que la alimentación no es algo natural sino histórico y cultural que forma parte de las relaciones sociales y las luchas por el sentido de lo común en un momento y lugar dados, al igual que su contraparte, el hambre. La alimentación global actual, si bien logró superar los períodos de alternancia abundancia-escasez de los tiempos de la caza y la recolección y de la domesticación de plantas y animales, padece una crisis en el acceso (Aguirre, 2004), ya que la disponibilidad no se traduce directamente en acceso ni resuelve los problemas del hambre y la desnutrición. Los criterios de justicia en la distribución constituyen un determinante clave en la garantía del derecho a la alimentación.

En las representaciones culturales sobre el hambre, en diversos discursos ha cobrado peso la teoría malthusiana acerca de la tierra como fuente limitada de recursos y el peligro del crecimiento poblacional. Si, como establece Malthus, “la potencia de la población es indefinidamente mayor que la potencia de la tierra para producir sustento para la humanidad”, el hambre es una consecuencia del crecimiento demográfico desmedido. Sin embargo, en las últimas décadas se construyó legitimidad en torno a la idea de que “el hambre y la desnutrición pueden coexistir con una alta disponibilidad alimentaria” y lo indignante, desde esta perspectiva, es que habiendo disponibilidad, se reparta inequitativamente.

Desde el 2017, en la ciudad de La Plata, se realiza la marcha “El hambre es un crimen”, convocada por las organizaciones de niñez para interpelar a los estados y a la sociedad respecto de que el hambre es un crimen con víctimas y culpables. Las víctimas, son los niños que en lugar de recibir el apoyo de los gobiernos para su crecimiento, se encuentran en estado de vulnerabilidad bajo la desnutrición y el hambre, a la vez que se destinan recursos públicos para su criminalización y la violencia policial que se ejerce sobre ellos. Los culpables, son los ejecutores del Estado, que administran los recursos públicos en beneficio de unos pocos, y de las multinacionales de la agro-industria, cuyo criterio de producción y distribución es el del crecimiento de su capital, considerando a la comida no como un derecho sino como una mercancía, “buena para vender”, más que “buena para comer”.

Las mujeres del barrio, movilizadas por la consigna de la marcha, convocadas por sus referentes de cooperativa y por el Movimiento, participaron de la marcha y realizaron carteles que rezaban: “*juegos para los chicos*”, “*trabajos para los grandes*”, “*con hambre no se puede pensar*”, “*el hambre es un crimen*”, entre otros. La noción de que el hambre implica la vulneración de derechos fundamentales como el de la alimentación, forma parte de las “naciones legitimadoras” (Thompson, 1984) de los sujetos, que encuentran en el aumento de la canasta básica y la desocupación un límite a la tolerancia a las decisiones políticas de los gobernantes y, sobre todo, un motivo para luchar en las calles.

Reflexiones finales

Comenzamos esta ponencia definiendo el carácter moral del acto alimenticio a partir de la idea de que la comida moviliza aspectos morales que configuran lo bueno y lo malo en contextos particulares. En el proceso de producción, circulación, distribución y consumo de alimentos se encuentran implicadas valoraciones morales en pugna en torno a los límites de lo aceptable, los criterios de justicia y las percepciones sobre los otros y nosotros que se movilizan de manera situacional y contingente. Nos detuvimos puntualmente en la instancia de distribución del alimento en el marco de políticas alimentarias en un barrio de sectores populares “bajo planes”.

A lo largo del trabajo, presentamos diversas situaciones de valoración acerca de los criterios de justicia en la distribución del alimento (quiénes merecen, qué requisitos), la

legitimidad en torno a la comensalidad (cuáles son las circunstancias deseables para comer), y los repertorios de culpabilidad (quién tiene la culpa del hambre y la desnutrición) en un barrio particular. En esta primera aproximación analítica al estudio de la articulación entre moral y alimentación, reconocimos el rol de la agencia de los sujetos (sus percepciones, emociones, justificaciones, valoraciones) en la construcción de sus posicionamientos en torno a la distribución de la comida en el barrio.

BIBLIOGRAFÍA

AGUIRRE, Patricia (2004) *Ricos flacos y pobres gordos. La alimentación en crisis*. Buenos Aires Capital Intelectual.

(2005) *Estrategias de consumo: qué comen los argentinos que comen*. Buenos Aires, Editorial Miño y Dávila.

(2017) *Una historia social de la comida*. Lanús, Editorial Lugar.

AUYERO, Javier (comp) (1997) *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*. Buenos Aires, Losada.

(2002) "Clientelismo político en Argentina: doble vida y negación colectiva" *Perfiles Latinoamericanos*, 20, pp. 35-52.

CRAVINO, María Cristina, FOURNIER, Marisa, NEUFELD, María Rosa y SOLDANO, Daniela (2002) "Sociabilidad y micropolítica en un barrio bajo planes" en *Cuestión Social y política en el Gran Buenos Aires*.

BELOFF, M. (1938) *Public Order and Popular Disturbances, 1660-1714*, Oxford.

D'AMICO, Victoria (2015) "Criterios de justicia, afectividad y ley. La construcción de lo estatal desde la cotidianeidad", *Revista Identidades* 8 (5) pp. 42-60.



ISBN 978-987-544-895-7

FASANO, Patricia (2006) *De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia-IDES.

FONSECA, Claudia (2000) *Família, fofoca e honra. Etnografia das relações de gênero e violência em grupos populares*. Porto Alegre, Editora da UFRGS,

FASSIN, Didier (2008). "Beyond Good and Evil? Questioning the Anthropological Discomfort With Morals", *Anthropological Theory*, 8 (4), 333.-344.

(2012) *A Companion to Moral Anthropology*. Oxford, Wiley-Blackwell.

FERRAUDI CURTO, María Cecilia (2006) "Lucha y papeles en una organización piquetera del sur de Buenos Aires" en *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina Reciente*. Buenos Aires, Editorial Biblós,

GRIGNON C. y PASSERON, J.C, (1989). *Lo culto y lo popular: miserabilismo y populismo en la sociología y en la literatura*. Buenos Aires, Nueva Visión.

HINTZE, Susana (1989) *Estrategias alimentarias de sobrevivencia. Un estudio de caso en el Gran Buenos Aires. Vol I y II*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

HOWELL, S. (1997) *The ethnography of Moralities*. London, Routledge.

MANZANO, Virginia. "Del desocupado como actor colectivo a la trama política de la desocupación: antropología de campos de fuerzas sociales". En: Cravino, Cristina, editora. *Resistiendo en los barrios. Acción colectiva y movimientos sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: Editorial Prometeo- Universidad Nacional de General Sarmiento; 2008. p. 101-134

MAUSS, Marcel (1979) *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, Madrid, Katz Editores.

NOEL, Gabriel D. (2014) “Presentación. Las dimensiones morales de la vida colectiva. Exploraciones desde los estudios sociales de las moralidades, Papeles de Trabajo, 8 (13), pp. 14-32.

(2013). “De los Códigos a los Repertorios: Algunos Atavismos Persistentes Acerca de la Cultura y una Propuesta de Reformulación”, *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, (3) 2

NOEL, Gabriel y PALAZEZZI, Ana (2006) “Moralidades de Género, Familia y Trabajo en Sectores Populares. Presentado en VIII Congreso Argentino de Antropología Social, Salta.

ORTNER, Sherry (2016) *Antropología y teoría social. Cultura, poder y agencia*. San Martín, UNSAM EDITA.

PEREYRA, Sebastián (2014). “La corrupción como crítica moral de la política. El vocabulario de la protesta social durante la década de los noventa”; *Papeles de Trabajo*, 8 (13), pp..78-101

SEWELL, William. “A theory of structure: Duality, agency, and transformation”, *American Journal of Sociology* [online].1992, núm. 1, vol. 98 [citado 2019-01-28] pp. 1-29. Disponible en:https://www.jstor.org/stable/2781191?seq=1#page_scan_tab_contents

THOMPSON, E. P. (1984) “La economía moral de la multitud en Inglaterra del XVIII”, en: *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona, Crítica.

(1995): *Costumbres en común*. Madrid: Crítica

TILLY, Louise A. (1985) “Derecho a los alimentos, hambre y conflicto” en *El hambre en la historia. El impacto de los cambios en la producción de alimentos y los modelos de consumo sobre la sociedad*, Rotberg, Robert (comp). Madrid, Siglo Veintiuno Editores.